

- 1864 a 1865 don Juan Agustín Uricoechea.
 1866 a 1869 don Francisco Eustaquio Alvarez.
 1871 don Nicolás Esguerra.
 1872 a 1874 don Francisco Eustaquio Alvarez.
 1875 a 1879 don Gil Colunje.
 1882 don Manuel Ancizar.
 1883 a 1885 don Juan Manuel Rudas.
 1886 a 1887 don Carlos Martinez Silva.
 1887 a 1890 don José Manuel Marroquín.
 1890 a 1925 don Rafael María Carrasquilla y Ortega.

ALFONSO HERNANDEZ DE ALBA y LESMES

EL COLLAR DE LA CONDESA

I

Buena estaba aquella noche la aludida para hacer un favor a nadie! Aquella mañana se había levantado, como ella decía, con mal pie, y comenzó riñendo a la doncella, porque no había sabido graduar la temperatura del baño; después, nueva riña con el zapatero, porque le había sacado unos zapatos muy anchos, y con la modista, porque las mangas del vestido que le había mandado aquel día eran demasiado estrechas. Rosita, la doncella, decía que todo ello eran manías de la condesa, que el día que se levantaba con los nervios de punta, y esto solía suceder cada lunes y cada martes, y aun cada jueves y cada sábado y los días intermedios, no había quien la sufriera; lo cual no era cierto, porque Rosita bien sufría y aguantaba a la señora condesa, pero, a decir verdad, no le iba mal con aguantarla, pues detrás de cada rociada solía ir algún vestido que

la condesa se había puesto un par de veces, y aquel mismo día en que comienza nuestra verídica historia, la reprimenda del baño tuvo su desagravio en el par de zapatos demasiado anchos, que la condesa regaló a su doncella.

Ello es, que la condesa estaba aquella noche de un humor de perros, cuando éstos lo tienen malo: que perros hay que son de buena pasta, y prueba de ello es, que les cuelgan no pocos modismos deprimentes, como el relativo al humor y el que para significar que una persona recibe a otra de mala manera, se dice que la recibió con «cara de perro,» y, no obstante esto, los canes de la clase de inofensivos siguen prodigando al hombre las muestras de adhesión y fidelidad propias de su raza.

Pero volviendo al humor de la condesa, diremos que fue adquiriendo tales proporciones, que cuando Rosita entró en su gabinete a decirle que el coche estaba dispuesto para llevarla al teatro, desgarró entre sus manos un pañuelo de riquísimo encaje que en ellas tenía, y con voz alterada dijo a su doncella:

—No salgo esta noche.

Y aquello sí que era grave, al menos tal era la opinión de Rosita; porque no había memoria, desde que estaba al servicio de la señora condesa, de que ésta dejase de salir una noche, fuera de aquellas en que se quedaba en casa para recibir a sus numerosos y distinguidos conocimientos.

Por esta razón, y traspasando las leyes de la etiqueta doméstica, que impide tomarse a los criados de hogaño las libertades que solían tomarse los de antaño con sus amos, aunque hay quien dice que no eran tales libertades, usada la palabra como falta de respeto, sino demostraciones del acendrado cariño que aquellos ser-

vidores antiguos tenían a sus señores, Rosita se atrevió a preguntar a la condesa:

—¿Acaso está indispueta la señora?

La condesa miró de alto a bajo a su doncella, y no contestó a lo que consideraba una insigne impertinencia; y Rosita, comprendiéndolo así también, contentóse con hacer una reverencia en el dintel de la puerta del gabinete, diciendo por vía de despedida:

—¿Desea algo más la señora?

—Que me dejes en paz, respondió bruscamente la condesa.

II

Pero ¿cuál era la causa del mal humor de la condesa? preguntará quizá el lector, y como nosotros estamos en el secreto, vamos a revelarlo en confianza, bajo la promesa de que no se lo digan ustedes a nadie.

Es el caso que la condesa había manifestado a su marido el agrado con que vería que la obsequiase con un collar de perlas negras el día de su santo, que era precisamente el siguiente al en que de tan mal temple hemos encontrado a la condesa; y con esto creemos haber satisfecho la curiosidad del lector, que, con su perspicacia habitual, habrá ya adivinado que el conde no pareció dispuesto a complacer a su esposa, y de aquí el mal humor de ésta, llevado al extremo de no querer salir aquella noche de su casa, con gran asombro de Rosita.

Y era verdad, no sólo que el conde no pareciera dispuesto a regalar a su esposa la costosísima alhaja, sino que así se lo manifestó claramente, diciéndole de paso que la única cantidad de que en aquel momento disponía para gastos extraordinarios era la de quinientas pesetas en un billete de Banco que había tenido la

osadía de entregarle, como pudiera hacer con un criado a quien quisiera gratificar, para que ella se comprase lo que mejor le pareciera y fuera factible adquirir con la suma mencionada.

Tentada estuvo la condesa de devolver a su marido el billete, pero luégo lo pensó mejor, y optó por quedarse con él, no sin renegar de la tacañería de los hombres que en días señalados no tiran la casa por la ventana para solemnizar el santo de sus, en este caso, *caras* mitades.

Porque ¿qué iba a hacer la condesa con un miserable billete de quinientas pesetas, que se van, como aquel que dice, en cualquiera futesa?

Así pensaba arrellenada en un sillón junto a la chimenea, donde ardía un confortable fuego que daba al gabinete de la condesa una temperatura primaveral, en contraste con la del aire libre, que llegaba a cero, pues la época en que se desarrolla la acción de la presente historia se hallaba más cerca de la Natividad del Señor que de la festividad de los santos.

—¡Quinientas pesetas!—exclamaba en voz alta la noble dama, segura de que nadie la oía y que, por tanto, podía dar rienda suelta a su despecho.—Una salida de teatro me cuesta casi el doble. Y además, que yo deseaba el collar de perlas negras para dar enojos a la baronesa del Cisne, que ha dado claramente a entender que su marido se lo compraría para celebrar el décimo aniversario de su matrimonio, que es dentro de ocho días. ¡Con qué placer le hubiera tomado yo la delantera para que rabiase! ¡Pero estos hombres, estos hombres! Porque, Señor, ¿para qué sirve un marido que en ocasiones como éstas no dispone de la cantidad suficiente para regalar un collar de perlas negras a su mujer?

III

Así discurría la condesa, cuando a sus oídos llegó, monótona y cansada, una voz que de minuto en minuto decía:

—¡Cuántas calentitas!

—¡Vaya una música!—dijo la condesa cuando advirtió el conocido pregón con que las castañeras de Madrid vocean su mercancía.

Y después siguió abrumada en sus pensamientos; pero poco a poco, distraída ya de sus cavilaciones por la voz de la castañera, su imaginación se fue alejando del tema del collar para fijarse en los otros objetos, primero vagamente, y después con más atención, encontrando en aquel examen un encanto que hasta entonces no había experimentado.

Involuntariamente fue comparando con el cuchitril de tres tablas donde la castañera pregonaba su mercancía, y que no pocas veces había entrevisto a través de los cristales de su carruaje, cuando se dirigía al teatro, la coquetona y abrigada estancia en que se encontraba y donde con tanta frecuencia reuníanse sus tres más íntimas amigas a murmurar y perder el tiempo.

—¡Pobre mujer!—se dijo al fin.—La verdad es que su sonsonete no tiene nada de agradable; pero no hay que pedir los arpegios de una Patti a quien pasa gran parte de la noche a la intemperie para ganarse la vida.

¿Y qué ganaría aquella pobre mujer vendiendo castañas? A la condesa le entró curiosidad por saberlo, y como había decidido pasar la velada encerrada en su casa, parecióle que hallaría alguna distracción poniéndose en contacto con aquella gente del pueblo, de cuyos dichos y costumbres había oído contar cosas estupendas.

Su mano perezosa oprimió el botón de un timbre que junto a la chimenea se hallaba, e inmediatamente la pizpireta Rosita apareció a la puerta del gabinete.

—Mira, Rosa, dijo la condesa con esa inflexión de voz de una niña mimada que quiere satisfacer un capricho extravagante;—manda a Juan que vaya a la esquina y diga a la castañera que se pone ahí todas las noches que me traiga un plato de castañas de las mejores que tenga; pero que venga ella misma, que deseo hablarle.

Rosita se quedó como quien ve visiones al oír a su señora; mas, como criada de buena casa, reprimió su asombro y fue a cumplir la comisión que su ama le encomendaba.

Cinco minutos después volvió a aparecer Rosita acompañada de una mujer de edad madura, pobre, pero limpiamente vestida, llevando en las manos una regular pirámide de castañas que tenía por asiento un plato.

—Acérquese usted, buena mujer—dijo la condesa con esa bondad natural con que hablan las personas de buen linaje a las personas de humilde condición,—y dispense—añadió—que la haya hecho venir en lugar de haber confiado el encargo de traer las castañas a un criado; pero me ha picado la curiosidad por saber algunas particularidades de su modesto comercio, y por eso me he tomado la libertad de llamarla.

—Es V. S. muy dueña—respondió con llaneza la castañera,—que a eso estamos los que vendemos, a servir a quien nos llama.

—Rosa—dijo la condesa,—coge ese plato a la señora y ponlo encima de la chimenea; y usted, siéntese—añadió dirigiéndose a la castañera,—que no es cosa que, encima de haberla molestado, le haga escuchar mis impertinencias en una postura incómoda.

—Muchas gracias, señora, pero estar de pie me sirve de descanso, porque ya ve usted, estar cinco o seis horas todas las noches encogida en el *tinglao* de las castañas....

—La verdad es—prosiguió la condesa—que eso debe de ser una cosa muy molesta. ¿Y cuánto gana usted, y dispense la curiosidad, con esa industria?

—Según y conforme—respondió la castañera.—Hay noches que saco cuatro o cinco reales, y esas son las mejores; pero lo general es que saque de dos a tres reales, y algunas noches apenas si llega a uno.

—¡Pobre mujer!—exclamó la condesa.—Y ¿tiene usted familia?

—No falta—contestó la castañera.—En primer lugar tengo a mi marido, que trabaja de albañil; pero en invierno está, como casi todos ellos, sin ocupación. Tengo, además, dos hijos que caben bajo una taza, y una hija de doce años que cuida de la casa cuando voy al río (pues yo soy también lavandera, para servir a V. S.) y cuando me agarro a esto de las castañas.

—De modo que entre su marido y usted vendrán a sacar....

—Unas dos pesetas todos los días; pues aunque mi marido, cuando trabaja, gana nueve reales, como está la mitad del año *parao*, son cuatro y medio, y el resto, hasta las dos pesetas, sale de lo que yo me agencio lavando y vendiendo castañas.

—Y dígame usted, y dispense la pesadez: ¿no sacaría usted más teniendo un puesto de hortalizas en algún mercado, en vez de pasar tan malas noches en ese chiribitil de las castañas, expuesta a coger una pulmonía?

—Qué cosas tiene V. S., y disimule la franqueza. Cómo convenirme lya lo creo que me convendría! Pero

¿dónde saco dinero para eso? Ya ve V. S., es esto de las castañas, y tengo que pedir casi todos los días un duro a la *fiadora*, a condición de devolvérselo a las veinticuatro horas con una *perra* gorda de réditos. ¡Con que figúrese V. S. las *perras* que le tendría que dar todos los días por quince o veinte duros que necesitaría, lo menos, para poner un puesto fijo! Para ella, y no para mí, sería la ganancia.

—Y si alguien—exclamó de repente la condesa, poseída por una súbita inspiración—le regalase, no ya esos veinte duros que usted dice, sino cien, ¿podrá usted poner ese puesto?

—Mire V. S., señora, respondió la castañera poniéndose roja como un pimiento,—si alguien hiciese eso por mí, a ese alguien le mercaría un retrato, y, con dos luces, le pondría debajo de la imagen de San Antonio, mi patrón. Porque yo me llamo Antonia, para servir a V. S. ¡Cien duros ha dicho V. S.! ¡Cien duros! ¡Si eso nos convertiría en unos *Rochiles!*

—Pues ahí van los cien duros—dijo la condesa sacando de una carterita de piel de Rusia el billete de 500 pesetas que aquel día le había dado su marido.—Y encima añadió—un millón de gracias, porque en toda su vida podrá usted comprender el favor que acaba de hacerme.

Renunciamos a pintar la alegría delirante de la castañera, y el asombró que invadió su ánimo al ver que le regalaban cien duros, y por añadidura le daban las gracias por un favor hecho a toda una señora condesa, y que no podía adivinar cuál era.

El lector sí lo habrá adivinado, y el conde también lo adivinó cuando, al día siguiente, se le presentó su esposa llevando de la mano a su hijo, hasta entonces olvidado en manos mercenarias, y adornada con un ri-

quísimo collar... de castañas cuidadosamente ensartadas en hilillos de oro, contándole, para explicar lo que de otro modo pareciera una extravagancia, cómo al adquirirlo había aprendido a conocer que no hay joya ni preseña que luzca a los ojos de Dios como una obra de caridad.

MARIANO TIRADO

EL CARDENAL MERCIER

La muerte del cardenal Mercier es motivo de duelo no sólo para Bélgica, su patria, sino para el continente europeo, para la Iglesia católica, para la humanidad entera.

Ahora con ocasión de su fallecimiento y mientras sus discípulos comienzan a escribir su vida, a coleccionar y comentar sus obras, la prensa periódica traerá abundantes datos biográficos, encomiará su labor evangélica como sacerdote, obispo y cardenal, y sobre todo, su valeroso patriotismo, acendrado por la lucha y los padecimientos.

Queremos nosotros, aunque sin tiempo ni autoridad para ello, tributarle humilde homenaje, considerándolo como filósofo y propagador de la sabiduría cristiana.

Sábase que la filosofía católica llegó a su apogeo en el siglo XIII, con los trabajos inmortales de Durando, Alberto el Grande, san Buenaventura y Escoto, y del que es doctor de todos los siglos, santo Tomás de Aquino.

De allí en adelante empezó el ciclo de la decadencia, que fue acentuándose de día en día, salvo en el siglo XVI, en que volvió a brillar con vívido esplendor, merced a los sabios españoles los dominicos Victoria,